



de la tela, de la vez que habíamos. Esté con
ropa de fajina, dice que está corriendo,
re cuenta de su experiencia. De explica como
vocal el condado. cuando vuelvo al
mar

Donde historia, fe y naturaleza conviven. Esas son las coordenadas de Oratorio Morante, según el cartel que puede verse en la ruta provincial número 90, unos veintitrés kilómetros al oeste de Villa Constitución. En ese punto, a mano izquierda si uno viene desde la autopista Rosario-Buenos Aires, se abre un camino de tierra que lleva hasta el pueblo, a once kilómetros. Si no hubiera ninguna señalización, si alguna vez desapareciera el mojón, uno podría orientarse por el olor que se respira en ese punto, las emanaciones de la bosta, los orines y la tierra abonada por el centenar de vacas y de ovejas que pastan en el campo ubicado en el cruce de la ruta y el camino.

Oratorio Morante tiene tres calles, una decena de casas, tres galpones, un almacén, una cancha de fútbol.

bol y alrededor de noventa habitantes, incluyendo la zona rural. En alguna época, una época incierta, fue un poco más grande. Su historia no sería entonces demasiado diferente de la generalidad de los pueblos rurales, que han visto decrecer su población desde mediados del siglo XX. Pero lo particular de Morante no consiste en el desarrollo que pudo haber alcanzado sino precisamente en lo contrario, en los modos en que desde sus orígenes se mantuvo tal cual, distante de las transformaciones y los procesos históricos que atravesaron el sur de la provincia de Santa Fe en los últimos trescientos años.

En todo caso, más que por el desplazamiento de habitantes y la extinción de antiguas formas de sociabilidad, habría que preguntarse por aquello de que dan cuenta testigos de otras épocas: la experiencia del paisaje, y no del paisaje en abstracto sino del paisaje de Morante. “En el Oratorio de Morante uno se sentía como en un remanso de sosiego (...) fluía de su ámbito una adherencia a cosas pasadas y distantes”, dice Marcos P. Rivas, bisnieto del pionero Mariano

Rivas, en la reseña histórica *El Oratorio de Morante* (Colmegna, Santa Fe, 1985). Fuera del tiempo y del espacio, la prueba de Morante tenía el sentido de una revelación, “el éxtasis con que se insinúa la presencia del misterio, de lo desconocido y de la muerte”. La gente suele creer que basta un día, un rato, para conocer Morante, y que luego no hay nada que hacer; y sin embargo, como sugiere Rivas, lo que importa no es lo que se ve sino algo que no está a la vista, lo que a uno le pasa a partir del instante en que descubre, con el lugar, algo constitutivo de su propia existencia, quizá la formulación personal del misterio de la existencia. La prueba de Morante comienza entonces cuando ya no queda nada para ver, y uno persiste en el sitio. Sólo entonces podría insinuarse en el paisaje vacío algo de esa presencia múltiple e inasible.

El ingreso se extiende hasta terminar en la calle principal, donde se encuentran, de izquierda a derecha, la capilla que dio origen al pueblo, el cementerio, el salón de actos inaugurado en 2011 y la escuela. Si uno sigue en esa dirección se encuentra con un



racimo de huellas que llevan a los pueblos vecinos, Godoy, Juan B. Molina, Theobald. Hay que conocer, porque las únicas indicaciones son las balizas colgadas en el alambrado que previenen sobre las vueltas del camino. A la izquierda del acceso corre una calle lateral de poco más de una cuadra, que cierra el espacio de la plaza, frente a la capilla, y empalma con la calle de la Nación, el camino que lleva a San Nicolás, el que trajo hace 150 años al ejército de Buenos Aires para la batalla de Pavón.



No recuerdo cuándo fui por primera vez, pero conservo algunas notas de aquella visita. Fue un domingo, probablemente a fines de año, y yo estaba de paso por la casa de mis padres, en Molina. Alguien en el pueblo me dijo que donde viera una camioneta bordó y una casa de ventana gris preguntara por la señora que cuida la capilla. La señora Stella Maris Vázquez. Cuando ubiqué el lugar, la casa como al costado de una entrada ancha para grandes vehículos, una especie de huerta adelante y atrás un patio

que se extendía hasta confundirse con el campo, alcancé a escuchar una discusión, la voz de un hombre fastidiado: estaban por almorzar, no eran horas de molestar.

Pero Stella tenía un rato. Caminamos entonces hasta la capilla y contó lo que suele contar a los visitantes: que el oratorio fue construido a fines del siglo XVIII por voluntad de Antonia del Pozo Jiménez y Morante, que la patrona del caserío es Nuestra Señora de los Remedios, que en aquellos tiempos este era un paso obligado al Alto Perú, que hubo una posta, un fortín y una comandancia, aparentemente en ese orden, y que el lugar fue elegido por la leve elevación que lo convierte en una especie de mirador sobre el campo. Nos paramos en el punto exacto que permite observar el suave declive del terreno en dirección al Arroyo del Medio. Stella me mostró además las imágenes de la Virgen, de Cristo, de San Vicente Ferrer, de la Virgen Niña. Y me dijo que en el cementerio fueron enterrados algunos de los muertos de la batalla de Pavón, librada el 17 de septiembre de 1861 a

quince kilómetros de Morante, y de fallecidos por la fiebre amarilla, en la gran epidemia que se desató diez años después.

Cuando volví este año, a fines de agosto, tuve una impresión rara. Algo no estaba en su lugar: faltaban los paraísos que figuraban una especie de entrada al cementerio y a los que había visto, la vez anterior, podados y pintados con cal. Un poco más allá habían construido el enorme salón de actos. El paisaje de Morante asocia un conjunto reducido de elementos,



y cualquier desplazamiento es inmediatamente perceptible. Pero yo pensaba que nada importante podía haber cambiado en Morante. Pensaba que si en un pueblo como Molina, para establecer un punto de comparación, el tiempo y las cosechas de soja no pasan sin dejar huellas muy visibles en la fisonomía urbana y en el parque automotor, lo que definía a Morante, la capilla de Antonia del Pozo y el cementerio, persistía al abrigo de cualquier acción humana.

Dejé el auto frente a la capilla. No había nadie a la vista, no se escuchaba ningún ruido, ninguna voz. Ni siquiera un perro, como ocurre cuando uno llega a un campo y salen los animales de la casa para avisar al dueño y ver qué buscan los extraños.

El almacén *La posta del peregrino* estaba cerrado. No recordaba haberlo visto antes, la primera vez que vine. Los paraísos frente al cementerio sí, pero no me acordaba del almacén. En eso apareció Stella, en la puerta de su casa, con cara de andar ocupada. Llevaba un pulóver negro arremangado y se terminaba de lavar las manos. Estaba disculpada, porque

en unos días se haría la procesión anual y los preparativos no le dejaban un rato libre. Pero comenzamos a hablar y terminó de aflojarse cuando le dije que mi familia vive en Molina y que la había visto en un programa de televisión, donde la obligaron a actuar, a hacer como que explicaba con naturalidad lo que ya sabe de memoria.

Stella lleva quince años a cargo de la capilla. Fue Segundo Quiriconi, el cura de General Gelly, un cura con aficiones de historiador, ya fallecido, el que le dio esa misión por razones que ella no se explica. Su trabajo consiste en mantener el orden y la limpieza y en atender a los visitantes. Durante el año viene gente de todos lados a conocer el Oratorio. Vienen de casi todas las provincias, y del extranjero, de Italia, de España, gente que tiene parientes en Argentina, está de paso y quiere presenciar ese fenómeno: un sitio que se preserva como en tiempos de la colonia. El oratorio depende de la parroquia de Godoy, cuyo cura da misa en Morante el primer domingo de cada mes.